



Blas de Otero tuvo la dicha de que Alarcos Llorach se fijara en él muy tempranamente y lo estudiara amorosa y magistralmente. Lo descubrió definitivamente; poco nuevo se ha podido añadir después, poco que no lo hubiera dicho o apuntado. Lo malo de ese trabajo tan lúcido, tan nítido y tan madrugador es que muchos lo leímos antes que al poeta, y al leerle a éste, más que leer lo analizábamos, más que embobarnos en la palabra poética íbamos descubriendo, con vanidad juvenil, figuras y recursos. Una suerte, sí, pero también, una pena, pues la poesía de Blas de Otero empapa y corre, y alimenta y arrastra como el mar a la esponja. El detalle le estorba. Primero hay que sumergirse en la obra; venga después, en buena hora, el escrutar y el hurgar y el descubrimiento feliz de la ruptura y del paralelismo, del adjetivo sorprendente y del recurso al habla de cada día.

Creo observar en el lenguaje de Blas de Otero la actitud típica del vasco -y más si es poeta- ante la lengua castellana. El primer sorprendido por la lengua es él mismo. El escritor castellano está ya en la lengua, ni la descubre ni se descubre ante ella, simplemente la emplea. El vasco, en cambio, la descubre continuamente, y se le nota el placer del descubrimiento. Unamuno y Blas de Otero serían ambos buenos ejemplos. Arriban al castellano desde fuera y lo van descubriendo: "Pero mi gente dice cosas formidables, / que hacen temblar a la gramática," ("Palabra viva y de repente", **Que trata de España**); y lo destripan y, a veces, incluso despiertan al escritor castellano del uso rutinario.

El lenguaje de Blas de Otero es hermosamente poético, lengua de cada día con su carga de vida y de poesía: "Doy señales de vida con pedazos de muerte / que mastico en la boca, como un hielo sonoro; / voy y vengo en silencio por las sendas del sueño, / mientras baten las aguas y dan golpes los olmos". ("Hombre en desgracia", **Angel fieramente humano**).

Blas de Otero, poeta de lectura abierta, para la inmensa mayoría de los poquísimos lectores de poesía.

TOMAS URIBEETXEBARRIA  
MAIZTEGI

## DOS HOMENAJES A BLAS DE OTERO

I

*Resuena en tus palabras  
un difuso clamor de verdades oscuras,  
cuando me las encuentro.*

*Rompen*

*en mi memoria, siempre  
sonoras, firmes, claras,  
como las olas de un mar poderoso  
que sumerge y levanta,  
sin devolver ni arrebatarse nunca del todo,  
una realidad turbia y mutilada:  
el tiempo, el tiempo ido.*

*A su conjuro,*

*entre gotas de sal y luz de agua,  
con el tiempo  
yo mismo,  
restos recuperados de mí mismo  
vuelven y configuran un fantasma  
que dibuja en el aire el viejo gesto  
-casi olvidado ya- de la esperanza.*

*No todo se ha perdido;*

*vienen*

*a mi memoria siempre tus palabras  
-claras, firmes, sonoras-  
trayéndola, llevándola.*

II

*Una voz era paz, o luz, o acaso  
era fuego esa voz; todavía llama.  
O era viento tal vez: ved la alta rama  
del olmo aún temblorosa tras su paso.*

*Era roja esa voz en el ocaso;  
cuando la noche sus horrores trama,  
vuelve su resplandor: sangre que clama  
al cielo ese de los hombres, raso.*

*Impaciente de paz, y luminosa,  
ardiente, airada, entera y verdadera,  
era dura esa voz: todavía dura*

*airosa y alta, como si tal cosa  
-alzarse en estos tiempos- nada fuera.  
Admirad, ya hecha estatua, su estatua.*

ANGEL GONZALEZ